

giendo los jorongos en el brazo izquierdo, y blandiendo los puñales se preparaban á vender caras sus vidas. Pero hubieran sido victimas de su arrojo, si en aquel instante, Romero, el Buitre y otra porcion de los que estaban en la calle, esperando al Tremendo, no hubieran entrado por la otra puerta, armados todos de tranchetes. Don Miguel despertó al ruido, y cogiendo un cuchillo, se asomó al tapanco gritando ¿qué pasa? al mismo tiempo que se trababa una lucha feroz entre los léperos y la patrulla.

—¡Valedor! decia Romero; *ahora* verán estos perros lo que valen los del barrio de la Palma.

—Si, valedor, contestó el Tremendo arrojándose sobre el sargento y dándole un golpe que le dejó sin vida.

—*Ahora* bailará usted conmigo el jarabe, dijo Inés agarrando un palo y pegándole con él en la cabeza al yankee, causa de aquel alboroto, y abriéndole la cabeza: otro norteamericano quiso vengarle; pero el Tremendo desvió con su jorongo el golpe que le dirigia á su amada, y le hundió el puñal en el pescuezo.

Los americanos, viendo que iban á perecer todos si no ponian piés en polvorosa, se dirigieron para huir en tropel hácia la puerta; pero en aquel momento aparecieron en ella nuevos amigos del Tremendo, que al saber lo que pasaba acudieron armados de puñales. Los yankees retrocedieron espantados ante aquellos hombres resueltos y arrojando los fusiles al suelo, se pusieron de rodillas (que así lo hacian al verse perdidos) implorando compasion.

—Nadie les toque, dijo el Tremendo, pues ya *están dados*.

Todos obedecieron á su voz, y despues de arrojar los muertos al agua de la acequia, y de encerrar en un cuarto á los prisioneros, preguntó el padre de Inés la causa de haber estado abierta la puerta para que pudiera entrar el primer yankee. Entonces tomó la palabra el Tremendo y le contestó:

—La causa, don Miguel, *¡ui!* yo que amo á Inesita, y que deseaba saber si era infiel á los juramentos que antes que á nadie me ha hecho; y como ella me ha dicho que usted la *quiere casar á fuerza* con el Torero, *quero* que el *hierro*, ahora que no hay yankees, decida de *quén* será.

El Torero al oír estas palabras se acercó á su rival con la fraaqueza de un valiente, y le dijo:

—Ya sabe usted que soy muy hombre, y que me *rifo* con el que lo sea; pero puesto que Inés ama á vd. y no á mí, yo se la cedo, no por miedo á su arma, sino porque *quero* ser su amigo y valedor; pues la verdad me ha *cuadrado* el modo de *pelear* de usted contra los yankees. ¿Es usted de mi opinion, don Miguel?

—Que se case con él, ya que usted así lo *quiere*, contestó el padre de Inés, y ya tambien que ellos se aman.

—Gracias, dijo el Tremendo dando la mano al Torero; *den-*de ahora soy su *valedor*, y *quero* que sea usted mi padrino.

—Corriente. Y siempre estaremos juntos cuando *haga* algo entre *mejicanos* y *yankees* en el barrio de la Palma.

NICETO DE ZAMACOIS.

¡UN HOMBRE SIN BLANCA!

Entre las muchas calamidades que afligen á ls hijos de Eva,

Por la maldita manzana
Que á su estómago mandó,
Y á digerir condenó
A toda la especie humana;

una de las mas terribles es, sin disputa la pobreza: así es que el pobre, generalmente hablando, se humilla ante el poderoso: sufre, sin quejarse, la sinrazon de aquel á quien sirve; y no se atreve á hablar delante de aquellos que ostentan bienes de fortuna, porque teme ser importuno y disgustarles. De aqui, sin duda, viene aquella cancion española que dice:

De las cosas de este mundo

Yo no sé cuál es peor,

Si el casarse, ó el morirse,

O el ser pobre.... ¿qué sé yo!...

Aunque entre paréntesis sea dicho, el casarse ó el morirse es ciertamente preferible á ser pobre, porque aunque dice un proverbio vulgar

Te casaste,

Te amarraste

y el refrán español tan conocido y tan en voga en todas partes,

Antes que te cases

Mira lo que haces,

para demostrar el abismo en que se va á precipitar el hombre, vemos que los que pierden á su cara costilla, vuelven, con frecuencia, á unirse con otra costilla que tenga cara (de las costillas del mundo, las mas sabrosas son las de cara); y todavia se está para ver que un pobre, que se haya hecho rico, vuelva, por su gusto, al estado de escasez en que antes viviera. Así es que yo no estoy por lo que dicen tantos poetas contra el matrimonio, sino que soy de la opinion contraria; y si algun poder tuviera, enmendaria la cuarteta arriba puesta, con la siguiente:

De los males de este mundo
Que al hombre causan dolor,
En lo que pasa me fundo,
El casarse es el menor.

Pero entremos en materia, porque este cuento se va haciendo el de nunca acabar.

D. Nicomedes Hambreviva era la quinta esencia de las miseria, ó mejor d.cho. de la pobreza personificada. Un oscuro chiribitil, en el callejon de la Olla, era su casa, y el adorno de ella se componia de un *petate* viejo (esterera en España) que le servia de cama, de una cuchara de palo con que comia, cuando tenia qué, y de una tinaja en que estaba el agua, aunque no tan pura cual debe desearse, pues su mucha pobreza le obligaba á mediar la que llevaba cada ocho días el aguador con la que él sacaba del pozo ó recogia cuando llovía; pudiéndose aplicar á Hambreviva aquellos versos de Juan de la Hoz Mota que están en la comedia intitulada *El castigo de la miseria*.

El inventó agnar el agua,
Porque á una carga que compra
De la fuente de año en año,
Añade del pozo otra,

Y aun le va echando caldero
Segun gasta, de tal forma,
Que de San Juan á San Juan
Dura, y aun la mitad sobra.

Pero como la esperanza [la esperanza del pobre es tan larga como el hambre de un cesante, ó como los males que afligen á esta infeliz república] de mejorar de suerte, jamás abandonaba su corazón, no dormia, revolviendo en su mente mil proyectos, en cada uno de los cuales veia su risueña fortuna. "Si, decia interiormente: la cortedad de mi genio me ha perdido: ¿hay cosa mas fácil que hacerme de la cantidad

de cien pesos, que es cuanto necesito para poner un bodegon [el que tiene hambre en pan sueña]. Con cuatro reales que pida á cada uno de los muchos amigos que tengo consigo aun mas de lo que necesito. Si, fuera el miedo; el que no se arriesga no pasa la mar.

En el momento en que concibió esta idea, fué feliz; pero al ponerla en práctica probó toda la amargura de un cruel desengaño. El primer amigo á quien se dirigió, conociendo poco mas ó menos el objeto de Hambreviva, exclamó antes de que éste le hablara:

—¡Cómo va, amigo! Mal, ¿es verdad? . . . como á todos; no hay donde ganar un peso: yo estoy ya desesperado; hoy tengo que pagar una cuenta y no tengo ni un real.

D. Nicomedes, que estaba á la ofensiva, al oír estas palabras, se paso á la defensiva.

No fué mas placentero el recibimiento que le hicieron los otros á quienes fué á ver, pues cada uno procuró evitar con palabras de buena crianza el cáustico que se les queria aplicar; de manera que Hambreviva, sin haber logrado conseguir un solo real para mitigar su viva hambre, volvió á su casa, persuadido de que

No hay para el hombre un amigo,
En la tierra, verdadero,
Pues cuando pide dinero,
Todo el mundo es su enemigo.

Los proyectos despues de este fatal desengaño, fueron menos elevados, menos risueños, menos románticos (como se dice en el día). "No, exclamó á sus solas; sin los cien pesos puedo ser feliz: con ir á casa de Fulano á las horas de comer, me ahorro los gastos de fonda (en los *Agachados*, álias callejon de Tabaqueros comia): con pedir unos zapatos viejos que no le sirvan á Mengano, evito comprar calzado, y con algun pantalon y frac de fecha antigua que me regale H., me encuentro vestido como un príncipe y alimentado como un rey. Si, tal vez así la suerte me será menos adversa, pues para mí se ha presentado siempre tan contraria, que me vienen de molde estos versos de Bonilla:

¡Oh fortuna! ¡Cuán lacónica
Fuiste siempre para mí!

Pues solo harto me ví

De sufrir una hambre crónica.

No bien le habia ocurrido esta idea, cuando la puso en práctica, pues como su estómago estaba á verdadero ayuno, el asunto exigia el mas pronto remedio. Corrió, pues, Hambreviva á casa del hombre que debia estar, como solemos decir, haciendo por la vida, y por fortuna entró en el instante en que iba á empezar á comer.

—Mas vale llegar á tiempo que ser convidado, dijo Nicomedes, queriendo disimular á lo que iba.

—¡Hambreviva! ¡Tú por aquí! . . . No podías haber llegado á mejor tiempo; vamos, siéntate, y acompáñame á dar fin á lo que venga en los platos.

—Gracias: á lo que vengo es á que me regales algun frac viejo que esté en receso, y que no te sirva.

—Lo que es frac inservible no tengo: lo único que te daré, si te es útil, será una que fué levita en otro tiempo y que yo la hice retrogradar á la clase de chaqueta.

—No importa, admito la levita retrógrada: venga ella.

—Pero primero siéntate á comer, que para todo hay tiempo. Hambreviva no esperó á que le hicieran la tercer súplica, y empezó á comer, mejor dicho, á devorar cuanto se le ponía en el plato. Al mirar la diversidad de guisos que había en la mesa, se acordó de aquella oda de D. Vicente Saenz Pardo que dice:

¡Gran cosa es el comer! ¡oh! cómo aguza
Mi apetito la cándida merluza,
Y el congrio y el salmon!
¡Vivan las gentes duchas
Que hacen guerra á las truchas
Y persiguen el rico salchichon!

Y Hambreviva empezó á comer con una constancia heróica, y un arrojo que rayaba en temeridad, sepultando en su vacío estómago cuantas perdidices y capones había en la mesa. Despues de haber concluido de comer, mejor dicho, despues de haber dado fin á cuanto se había guisado (porque Hambreviva nunca hubiera acabado de saciar su apetito) el amigo sacó del ropero la levita degradada de que ya he hablado, y se la entregó á D. Nicomedes.

—Gracias, dijo éste al recibirla: si con algo puedo pagar tantos favores. . .

—Mas te deberé yo, contestó D. Pedro (ya era tiempo de decir el nombre del dueño de la casa), si tienes la bondad de acompañarme esta noche á una cita amorosa que tengo.

—Con mucho gusto.

—Necesito de tí, porque como la casa es de dos puertas, sospecho que cuando yo entro por una, sale por la otra mi rival.

—No será muy difícil: ¡oh! ¡las mujeres! . . . ese es un sexo fementido. . . (sería para él, porque para mí, en voz baja sea dicho, lector amado, de los sexos, el que mas me gusta es el sexo de ellas).

—Y no quiero, si es infiel,
Rendirle yo el alma mia

A una mujer tan impia

Que á dos engañe cruel.

—Pierde todo cuidado: yo cuidaré de la puerta contraria y veré si álguien entra ó sale por ella.

—Pues hasta la noche, Hambreviva.

—Si, hasta la noche, amigo Pedro.

Y Hambreviva envolviendo dentro de su raído pañuelo la raída chaqueta que fué levita, se dirigió á su chiribitil á esperar la noche, lleno de gozo por el buen resultado que había tenido su primer ensayo. Llegada la hora en que le había citado su amigo, Nicomedes marchó á casa de D. Pedro, y poco despues se dirigieron ambos al sitio de la cita. Hambreviva quedó, como habían convenido, cuidando una de las puertas de la casa de la novia, mientras su amigo entró por la otra y subió al domicilio de su amada.

Medía hora hacia que estaba D. Nicomedes de centinela, pegando diente con diente sin poder resistir el extraordinario frio que hacia (esta aventura pasó en el mes de Enero) y despidiendo de su nariz, que era mayúscula, un fluido que precede al catarro, cuando vió ir hácia él un hombre que con voz bronca le preguntó lo que allí hacia.

—Nada, señor, contestó Nicomedes temiendo un lance.

—¡Nada! pues caballero, hágame vd. el favor de abandonar el puesto, porque no me conviene que permanezca vd. aquí.

—Pero ¿con qué derecho! . . .

—¡Hola! . . . ¿con que vd. gallea! . . .

—No señor; solo polleo; pero. . .

—Le repito á vd. que me importa que no permanezca vd. en este sitio.

—Pero oiga vd. . . .

—Nada oigo.

—He dado mi palabra. . . .

—Pues yo le daré á vd. de bastonazos para que acabemos.

Y al decir esto empezó á descargar tantos sobre las débiles costillas de Hambreviva, que éste, para libertarse de la muerte, no tuvo mas recurso que subir precipitadamente la escalera de la puerta que cuidaba; pero apenas había subido trece escalones, cuando sintió en su pescuezo la mano hercúlea de un hombre que bajaba con sigilo. (El hombre era el rival de D. Pedro: la novia tenia dos amantes que entraban por distinto zaguán.) ¡Pobrecita jóven! y todo lo hacia porque los hombres son muy perversos. . . . muy fementidos. . . . muy traidores. . . . (por eso á mí me agradan mas las mujeres) y decia con Breton de los Herreros:

Los hombres son mala yerba,

El mejor no está seguro;

Por eso siempre procuro
Tener tropa de reserva.

—¿Qué busca vd. aquí? le preguntó á Hambreviva el hombre que bajaba. ¡Ah! un rival..... lo sospechaba..... no: yo necesito derramar la sangre del que se opone á mi felicidad ...

—Pero si yo no me opongo á nada..... ¡hombre!..... suéltame, que me ahogas..... dijo Nicomedes creyendo que el que le tenia asido del pesenezo, era su amigo D. Pedro: soy Hambreviva.

—¡Oh! ¡infame! nada, nada es capaz de librarle á vd. de la muerte.

Y descargó al decir estas palabras tan terrible puñetazo sobre Hambreviva, que éste bajó rodando la escalera con la misma velocidad con que la habia subido. Pero como sintiese los pasos de su contrario, que furioso le buscaba (esto pasó á oscuras y sin testigos; como quien dice, en sesion secreta), Hambreviva, que huía á toda prisa, sintió de repente que el piso le faltaba, y á poco, haciendo un horroroso estruendo, se encontró á algunas varas de profundidad, nadando sobre las aguas. (Se habia caido en un pozo.)

—¡Ay!..... ¡ay!..... ¡confesion!..... ¡confesion!..... que me ahogo, exclamó con voz sepulcral, y el que le perseguia, temiendo una desgracia, huyó precipitadamente á la calle.

A los gritos que daba el infeliz Hambreviva, se puso en movimiento toda la gente de la casa, y Dolorcitas la novia de los dos amantes, suplicó á D. Pedro que saliera antes que su papá le viera; y el novio, que solo trataba de complacer á su adorada, obedeció al punto, y salió sin ser visto de nadie por el zaguan opuesto al en que estaba ahogándose Hambreviva, al mismo tiempo que el dueño de la casa entraba en paños menores (se levantaba de la cama) al cuarto de su hija á preguntar la causa de aquellos gritos

—Ignoro lo que pueda ser, contestó Dolorcitas.

Y se dirigieron ambos, acompañados de algunos criados, al lugar de la escena.

—¿Un hombre en el pozo de mi casa!..... dijo furioso el anciano al ver á Nicomedes que se afanaba por tener la cabeza fuera del agua. ¿Qué venia vd. á buscar aquí?..... responde vd., bribon; sin duda queria vd. asaltar mi casa.....

—¡Yo!..... ¡asaltar! ¡ah!..... cuando en vez de asaltar he descendido tanto..... véame vd. bien y dígame vd. si tengo

—Pero Dios lo ha dispuesto de otro modo. Marcha, Antonio, dijo dirigiéndose á uno de sus criados; corre á traer un sereno inmediatamente para que se lleve á este ladrón: corre.

—¡Por las once mil vírgenes, señor, tenga vd. compasion

de mi, y haga vd. que me saquen de aquí, aunque despues me lleven á un presidio: soy inocente..... yo le contaré á vd. ¡pero me ahogo!..... ¡sacadme!.....

El anciano temió que se muriera allí aquel hombre, y mandó que le echaran una cuerda, á la cual agarrándose Hambreviva con toda su fuerza, como se agarra el abogado del litigante que cae en sus manos, salió al borde del pozo, como quien dice, al puerto de salvacion.

—¿Pues con qué objeto ha bajado vd. al pozo de mi casa?... dijo el papá de Dolorcitas, al ver ya en tierra á Hambreviva.

—Yo le diré á vd.; yo no he bajado por mi voluntad, sino que me han hecho bajar á fuerza.

—¿Cómo!

—Otros compañeros.

—¿Dónde están, dónde están?.....

—No señor, yo soy solo; es decir, yo soy la victima de los otros, porque los otros tienen la culpa y no la tienen.

—Espíquese vd.

—Voy, señor.

Y entonces Hambreviva le contó el encuentro con el hombre que le habia pegado de bastonazos, y omitió todo aquello que tenia relacion con la cita y que pudiera comprometer á D. Pedro (era un amigo á prueba de pozol). El anciano quedó al oírle satisfecho, y le dejó salir de allí cuando le creyó con suficientes fuerzas para andar. D. Nicomedes al marchar hacía su chiribitil mojado y molido por causa ajena, se acordó de este verso de Quevedo:

De noche soy parecido
A todos cuantos esperan
Para molerlos á palos,
Y así inocente me pegan.

Quando Hambreviva, despues de pasar un frio indecible por el baño forzado de agua helada, templada con aire de Enero, llegó á su casa, su primera operacion fué despojarse de su mojado vestido y colgarlo para que se secara para el siguiente dia; pero como no tenia mas traje que aquel allí, ni fuera de allí, se envolvió, para no quedar cual otro Adán, con el petate que le servia de cama, para resguardarse así algo del aire delgado que soplabá, y empezó á pasearse á largos pasos por el cuarto para entrar en calor. Poco mas de un cuarto de hora haria que estaba con este disfraz y tomando baños de aire secante, cuando llamaron con fuertes golpes á la puerta de su cuarto.

—¿Quién es? preguntó Hambreviva con apretadas quijadas, dejando el paseo forzado por un minuto.

—Nosotros; abra vd.

—No estoy visible ahora: estoy con la cama encima. (Y era verdad, porque andaba con el petate á cuestras).

—Abra vd., infame, abra vd.; de lo contrario echamos la puerta: la justicia es la que llama.

—¡La justicia!..... ¡ah!..... temo que la justicia se escandalice al ver la injusticia en que me encuentro.

—Abra vd. decimos.

—¡Aunque se ofendan los púdicos ojos de la justicia!

—Si, si; abra vd.

Y Hambreviva abrió la puerta y los agentes de policía entraron.

—¿Dónde está la doncella!..... preguntó el que hacia de jefe.

—¿Qué doncella? contestó Hambreviva; aqui no hay mas doncello que yo.

—¡Vamos, ya basta de burla! ¿Dónde está esa jóven que ha arrancado vd. del hogar paterno!

—¡Yo!.....

—Sin duda la tiene oculta debajo del petate. añadió un celador; vamos, tire vd. al suelo ese estorbo que le cubre, y veamos qué hay dentro.

—¡Oh!..... de ninguna manera contestó Hambreviva; seria dar un escándalo al mundo.

—No hay duda, repuso el jefe; la tiene ahí; me lo revela esa obstinacion en no descubrirse. Vamos, chico, dijo dirigiéndose á un celador, acércate á él y registra.

—¡Señor celador!..... ¡señor celador!..... decia Hambreviva, resistiéndose. Pero el celador haciendo un esfuerzo abrió un poco el petate, y retirándose al instante, exclamó:

—En este paraíso solo está Adán; Eva ha desaparecido.

—¿Cómo!..... añadió el jefe acercándose á Hambreviva; ¿qué ha hecho vd. de esa niña!.....

—Si yo no sé de qué niña me están vdes. preguntando.

—¿Cómo es su gracia de vd!.

—Yo no tengo gracia, lo que tengo es..... desgracia.

—¡Pero su nombre de vd!.

—Nicomedes Hambreviva y un criado de vdes.

—¡Nicomedes Hambreviva!..... vd. dispense; nos hemos equivocado; el raptor es Bartolo Panzallena, su estatura de siete pies.

—Yo no tengo mas que cuatro escasos.

—Gordo y colorado.

—Ya me ven vdes. cuán escuálido estoy.

—Si, si, ciertamente, ha sido una equivocacion. Adios, Sr. Hambreviva.

Y salieron precipitadamente del cuarto, que cerró Nicomedes al momento mismo, y envuelto como estaba se tiró en

el suelo para dormir el resto de la noche. Al día siguiente se puso la ropa, que ya estaba algo seca, y se dirigió á la hora de comer, á la casa de su amigo D. Pedro.

—Se puede uno fiar en ta amistad, le dijo éste al verle entrar.

—¿Por qué me dices eso!

—Porque anoche, cuando bajé de estar con mi amada, ya no te hallé en el sitio que convenimos.

—En eso no tengo yo la menor culpa.

—¿Pues quién la tiene?

—Mi desgracia.

—¿Tu desgracia?.....

—Si, mi desgracia.

Y entonces le contó cuanto le habia pasado la noche anterior.

—¿Con que bajaba un hombre la escalera!..... ¡Ah!..... no me engañaba..... la pérdida se burlaba de mi amor..... Pero sientate á comer, amigo mio, sientate á comer.

Hambreviva obedeció, y D. Pedro prosiguió, despues de una breve pausa, diciendo estas palabras:

—Desde este instante la olvido para siempre; por eso anoche á cada momento me dejaba solo, pretestando temor de que la sorprendiera su papá, y yo necio que la creia, sin sospechar que era para ir á hablar con el otro.... ¡Ah! No es digna una mujer tan falsa del amor de un corazon tan puro como el mio.

—Y harás muy bien, vive Dios;

Porque hoy, la que mas fiel es,

Sino corresponde á dos,

Es..... porque entretiene á tres.

—¡Hola, hola! ¡sen que eres poeta!..... No sabia que tenias tal gracia.

—Todos los músicos tenemos algo de poeta.

—¡Hombre! ya que hablas de músicos, ¿quieres entrar de cantor en catedral! hay una plaza vacante.

—¿Pues no he de querer!..... me creeria el mas feliz de los hombres con un destino de esos; si yo consiguiera.....

—Pues dalo por conseguido, porque mi amigo R., que es el que tiene á su cargo la orquesta, me vino á ver anoche precisamente para preguntarme si yo tenia alguno que cantase de tiple, y tu voz.....

—Es de tiple cabalmente.

—Pues mañana temprano te espero.

—Corriente; no faltaré.

Despues de haber acabado de comer, se despidió Hambreviva de su amigo D. Pedro. Al llegar á su casa empezó á cantar sin poder resistir al placer que gozaba, y al mismo

tiempo con el objeto de que se aclarara su voz; ya no recitaré, decía, saltando de gozo, estos tristes versos de José María Bonilla, que hasta hoy han sido mi oración por mañana y tarde:

Pues al ver mi rostro héretico,
Que poco tiene de mágo,
Diría cualquier profético
Que ha de ser un gran milagro
Si pronto no paro en hético.

Pero ¿con qué ropa me presento mañana al director de la orquesta?... No tengo frac ni levita... ¡Ah!... ¡Ocurrió feliz!... exclamó después de un momento de meditación; ahí tengo dos faldones que me regalaron para hacerme unas chinelas, con que puedo adicionar la chaqueta que fué levita, elevándola así á la categoría de frac... Lo único que me atormenta es que el color de los raidos faldones que estaban destinados para las chinelas, no es igual al de la levita compendiada, pues aquellos son verdes y esta es azul claro... pero no importa; el caso es no presentarse de chaqueta sino de frac, á lo decente.

Al decir esto cogió los objetos referidos, y se sentó á coser. [Es inútil decir que los pobres saben todos los oficios]. Al cabo de cuatro horas, la chaqueta se trasformó en frac; de suerte que visto por delante parecía chaqueta, de lado frac, y por detrás levita; pero en realidad, y bajo un riguroso exámen artístico, no pertenecía á ninguna de las tres clases; viniendo á suceder con el tal frac, lo que con algunos padres de la patria, que habiendo mudado según las circunstancias de opinion, acaban por no tener ninguna, porque tienen todas.

Hambreviva se presentó la mañana siguiente con su amigo D. Pedro en casa del director de la orquesta R., quien después de haber examinado á D. Nicomedes, le admitió para que cantara de tiple en Catedral. A los quince días de haber conseguido el destino de cantor, recibió al salir del coro, esta carta que con mucho misterio le entregó una criada, la que desapareció sin esperar respuesta. "Sr. D. Nicomedes Hambreviva: El rubor virginal me ha obligado varias veces á romper las cartas que habia escrito para vd; pero hoy, haciéndome superior á mi misma, le dirijo ésta para que en el instante en que la reciba se sirva pasar á ésta su casa calle de N. núm. 5, donde le espera S. S. S. Q. B. S. M.—*Serafina Espada.*"

"Sorprendido quedó Hambreviva al leer la carta que precede; pero al pasar la vista repetidas veces por estas agradables palabras: *El rubor virginal... pero hoy haciéndome superior á mi misma &c.*" juzgó que la persona que así se expresaba no podia pertenecer sino á la clase mas elevada

de la sociedad; mas, ¿con qué objeto le llamaba?... esta era la misma pregunta que se hacia Hambreviva, y á la cual no encontraba contestacion. Sin embargo, como su corazon le presagiaba que existia en aquel misterio una ventura, no tubo en acudir á la cita; pero antes quiso, para presentarse con decencia, afeitarse, pues hacia algun tiempo que de su caano se habia quitado pelo alguno. Al efecto, llegó á su casa, y cogió las navajas, mejor dicho, las sierras que habia heredado de su padre, y éste de su abuelo, y empezó á rasurarse frente del sombrero (era el único espejo que tenia); mas como en cada pasada sufría crudos dolores, se acordó de aquel verso de Ribot, que dice:

La mujer ha de parir
Y el hombre se ha de afeitar.

Por fin, después de mil tormentos, logró ver su rostro, limpio como el erarionacional, ó como los bolsillos de las viudas y retirados, y se encaminó á la casa donde le esperaba su bella desconocida; mas ¡cuál fué su sorpresa, cuando en vez de una jóven de quince años, como él se habia figurado en sus sueños de oro, se encontró, como dice Quevedo, con

Una incrédula de años.
De las que niegan el fué,
Y al limbo dan tragantones
Callando el Matsalen.

—Bien venido, Sr. Hambreviva, dijo doña Serafina Espada, en cuyo cuello brillaban grandes y finas perlas.

—Señorita... á los piés de vd.

—Siéntese vd. (D. Nicomedes obedeció).

—Hace poco le mandé á vd. (todo esto, haciendo dengues y visajes) una carta donde le suplicaba viniera á verme.

—Si señorita, y yo me he apresurado en dar cumplimiento al deseo de vd.

—Muchas gracias. (Tomando un polvo de una caja de oro engarzada en diamantes que Hambreviva miraba con admiración.) El objeto, pues, para que le he llamado á vd., se reduce á querer saber si tendría vd. la bondad de darme algunas lecciones de canto, porque me ha gustado muchísimo el estilo con que vd. canta. (Ofreciéndole un cigarro de una petaca de oro, con un gran rubí encima, que aumentó la admiración de Hambreviva.)

—Es favor que vd. me hace y que me creo indigno de merecer; pero si vd. desea honrarme siendo mi discipula....

—¿Lies? (llamando á una criada) trae lumbre.—¿Cuánto es lo que me llevará vd. al mes dándome una leccion diaria?...

—Oh!... nada... nada....

—De ese modo no será vd. mi maestro. (Haciendo brillar

os anillos de diamantes de sus dedos, que deslustraban á Hambreviva.) ¡Está vd. contento con dos onzas? . . .

— Dos onzas! . . . contestó admirado Nicomedes.

— Pues bien, serán tres.

— ¡Tres!!! (las admiraciones van tambien en aumento).

— Pero conozco que aun es poco, y así serán cuatro.

— ¡¡¡ Cuatro!!!! (con cuatro admiraciones y ocho puntos suspensivos.) Eso es demasiado, señorita; mi corto mérito no merece un premio tan extraordinario.

— ¡Y si encuentro placer en ello! . . . (la criada entrando con un brasero de oro con piedras preciosas al rededor del borde).

— Aquí está la lumbre.

— Dásela al Sr. Hambreviva para que encienda su cigarro. (Las piedras y el brasero conmueven á Nicomedes.)

— Yo soy bastante rica, prosiguió Doña Serafina, y ningún sacrificio es para mí darle á vd. cuatro onzas al mes.

Otra criada entró anunciando que la comida estaba en la mesa, y Doña Serafina Espada obligó á Hambreviva á que le acompañara á comer. Nunca los ojos de Nicomedes habian visto una mesa tan espléndidamente servida: aves de todas especies, compuestas de diversas maneras: vinos generosos de todos los países; en una palabra, cuanto de esquisito hay en la gastronomía, se hallaba reunido en aquella mesa. Sería demasiado cansada esta historia si prosiguiese dando noticia de los muchos y variados platos que se sirvieron: así es que me ceñiré á decir que Hambreviva, al sentir en su estómago el calor de las tiernas perdices, del sabroso pavo etc. empezó á ver que aquella mujer que antes le habia parecido un esqueleto errante, tenía gracia y soltura, que las arrugas de su rostro no eran tantas como él á primera vista habia creído, que su edad no era tan avanzada como juzgó al principio; y concluyó por fin, cuando algunas copas de confortativo licor bajaron á dar cociemento á la comida, viendo en Doña Serafina una jóven de quince años, de tersa tez y sonrosado color, cuyas gracias venian á realzar los anillos, el hilo de perlas, la caja de polvos, el brasero y otras mil cosas de valor que Doña Serafina habia tenido buen cuidado de enseñarle, aunque indirectamente; y ¡oh poder de la riqueza! . . . Hambreviva, que al entrar se horrorizó de encontrarse con aquella momia, quedó despues prendado de su hermosura y perdidamente enamorado. La astuta señora conoció bien pronto lo que pasaba en el corazón del inesperto jóven, y queriendo aprovecharse de tan favorable coyuntura, le dirigió algunas tiernas palabras. á las que Nicomedes contestó lleno de fuego, concluyendo con echarse á los pies de la anciana declarándola su vehemente amor.

Doña Serafina fingió conmoverse á los ruegos del que estaba á sus piés, y alargándole su seca mano, que Hambreviva besó con frenesí, consintió en ser su tierna esposa lo mas pronto posible. Concertado el día y la hora en que se habia de hacer la boda, Nicomedes se despidió de su amada, pero ya fuese efecto del mosto, ó ya de la alegría que rebotaba en su corazón, no vió una cascara de plátano que habia en la escalera, en la cual resbalando, rodó hasta el zaguán, perdiendo en la caída dos dientes delanteros. Por fortuna de Hambreviva, en medio de tal desgracia, no oyó Doña Serafina el ruido, y así le pudo ocultar el defecto reciente de su boca, que tal vez hubiera sido suficiente á desbaratar la boda. Por lo mismo corrió inmediatamente á casa de un dentista [bueno será advertir que la novia le habia puesto al despedirse, algunas onzas en la mano] para que le repusiera su pérdida, lo cual logrado, se celebró el matrimonio á los ocho días, sin que la novia notara que á los dientes naturales habian reemplazado los artificiales. De modo que podia muy bien haber sucedido con Doña Serafina y Hambreviva, lo que con aquellos esposos del cuento de la comedia *El mayor imposible*, de Lope de Vega, que dice:

Cuentan que dos se casaron,

Y la noche de la boda,

En quietud la casa toda

Ya entendeis, se desnudaron.

El dijo: «ya no hay que hacer

Secretos impertinentes;

Postizos traigo los dientes;

Paciencia, sois mi mujer.»

Ella, quitando el tocado,

El cabello se quitó,

Y en calavera quedó,

Como un guijarro pelado;

Diciendo: «perdon os pido,

Postizo traigo el cabello;

No hay que reparar en ello;

Paciencia, sois mi marido.»

Pero Hambreviva y su mitad fueron mas cautos, y cada uno procuró ocultar lo que llevaba prestado, logrando así que la ilusion fuera eterna.

Si fué mas feliz D. Nicomedes despues de casado que antes, nadie lo sabe: este es un misterio; pero segun Villergas, no está la ventura del hombre en casarse con una rica, fea y vieja; leamos en prueba estos versos de él:

¡Cuáles serán tus apuros,
Marido de rica dama.

Si has de meterte en la cama
 Con un talego de duros?
 Cuando te empache la fiesta,
 Dirás del oro al halago:
 Si buen dinero me trago.
 Buenos suspiros me cuesta.
 Mas ¡tendrás gana de risa
 Si tu mujer se incomoda,
 Y te encaja que á la boda
 Fuiste con mala camisa?
 Por no armar un alboroto
 Huyo de trance tan fiero:
 Mujer que tiene dinero
 Nunca lo echa en saco roto.

Sin embargo, yo tengo motivos para creer que Hambre-
 va fué mucho mas feliz casado con una vieja, que casado
 con la miseria; pero como una opinion no es mas que una
 opinion, á los que no les parezca bien, que no la sigan, y á
 los que les agrade que la pongan en planta.

NICETO DE ZAMACOIS.

6632

EL CELIBATO.

He aquí á un hombre que no ha amado nunca, un hom-
 bre que pasa por en medio de las mas delicadas flores de
 un ameno pensil, sin dar preferencia á ninguna, porque pa-
 ra él tanto vale la amapola como el azulado lirio matizado
 de delicados colores; otro Gomez Arias, que para probar
 que no se debía amar á una sola mujer, decia á Jinés su
 criado que reprendia su volubilidad:

Para ser perfecto amor,
 Perfecto ha de ser por fuerza
 El objeto que se ame.
 —La mayor concedo. — Espera;
 No hay tan perfecta mujer
 Que algun defecto no tenga.
 —Concedo la menor. — Luego
 Preciso es que me concedas

Que no hay tan perfecto objeto
 Que todo un amor merezca:
 Luego querer yo el alino
 De una, de otra la belleza.
 De otra el ingenio, y de otra
 La calidad y las prendas,
 Es tener perfecto amor,
 Pues quiero en cada una de ellas
 La perfeccion que hay en todas.

Es decir, que así como Neron anhelaba que el imperio
 romano no hubiese tenido mas que una sola cabeza, para
 tener el gusto de cortarla, Gomez Arias queria que todas
 las mujeres del mundo no hubieran formado mas que una
 persona, para haber tenido la delicia de amarla; pero como
 esto sea imposible, de aquí resulta, la consecuencia es cla-
 ra (mis consecuencias nunca son oscuras), que el Celibato,
 fiel retrato del referido Gomez Arias, nunca encuentra la
 felicidad, porque consistiendo ésta en aquella tranquilidad
 de espíritu que nada ambiciona, él jamás la llega á disfru-
 tar, pues su deseo es un absurdo que nunca podrá ver cum-
 plido. Es verdad que la mayor parte de los hombres son
 variables (perdóneme el sexo brusco que tan bruscamente
 le ataque); pero es raro el que (tras de un agravio un favor)

Despues de ir de flor en flor,
 Admirando todas ellas,
 No aparta de las mas bellas
 La que él juzga la mejor;
 Flor que cuida con afán,
 Y en la que cifra su encanto,
 Y que á amar la llega tanto
 Como el acero al iman.

Y esto es tan cierto, que el invencible Hércules, que tanto
 aborrecia el amor, llega al fin, no pudiendo ya resistir á la
 pasion que le habia inspirado Iole [1], á decir la estas pa-
 labras:

¡Qué bruto el tiempo viví,
 Iole, que viví y no amé!
 Mas digo mal, que no fué
 Vivir, solo durar sí,
 ¡Estas delicias en sí
 Tenia amor! ¡Qué mal he hecho
 En tratarle con despecho!
 ¡Mas qué mucho! No sabia
 Que tan dulcemente ardía. . . .

Tambien Guevara, en el drama de Escosura titulado 'Igua-

(1) Calderon de la Barca. — *Fieras afemina amor.*